

pero el conde de Mirabeau dijo exclamando con energía, (23 de Mayo de 1789): "No niego que esto podría ser una áncora de salvación para la patria si los dones prodigados por el despotismo no encerrasen siempre en su seno graves peligros;" y cuando presentándose en la asamblea el marqués de Brezé, maestro de ceremonias y haciendo esta pregunta tan significativa: "Si se habían penetrado de las órdenes del monarca;" la asamblea empezaba ya á titubear, como en otra época se había verificado: á la intimación de aquel acto de fuerza, Mirabeau se levantó, y con majestuosa serenidad repuso en esta forma: "Decid á vuestro dueño, que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino lanzados por la fuerza de las bayonetas;" estas palabras hirieron hasta lo profundo del alma á la antigua monarquía de

tiene la osadía de atribuir á los españoles la pérdida del combate de Trafalgar. ¿Quién puede formarse una idea exacta de lo que era Italia á la sazón, y de la invasión francesa en aquel país, leyendo á Mr. Thiers?

Nosotros, antes de emitir nuestro juicio crítico sobre un hombre que disfruta aún de gran reputación política y literaria, no hemos dejado de cotejar su historia con otras de autores más acreditados y de mayor nombradía que Mr. Thiers, ni hemos dejado de hablar sobre el particular con franceses muy entendidos, lo que ha servido para confirmarnos en nuestra opinión, y para darnos á conocer que Mr. Thiers disfruta por su historia de una fama que se puede decir más bien usurpada que merecida. Así es, que al hablar de la revolución francesa en nuestras notas posteriores, nos guardaremos muy bien de atenernos á lo que dice Mr. Thiers, teniendo á la vista fuentes más puras de donde poder sacar noticias verídicas.

Y con este motivo recomendamos en gran manera la excelente obra del Sr. D. Manuel Marliani, intitulada: *Vindicación de la armada española*.

Antes de concluir esta nota, queremos indicar á nuestros lectores una obra italiana muy importante, sumamente curiosa, poco conocida en España y publicada en Francia al estallar la revolución de 1789. Su autor fué el Sr. D. Javier Scrofani, siciliano, cuyo nombre está consignado en la biografía de los varones ilustres de su época. La obra á que aludimos se intitula (*Tutti han torto: lettera á mio Zio*) todos tienen la culpa: carta á mi tío. El autor refiere en ella con escrupulosa exactitud y con mucho chiste los hechos inmediatos á la convocación de los Estados generales, todos los manejos é intrigas que se pusieron en juego por los electores y los candidatos, la perplejidad de la corte y de sus ministros; y hace el retrato más vivo del carácter de Mirabeau como no se halla en ningún otro escritor. Nosotros sentimos mucho no poder transcribir algunos párrafos de este libro que no tenemos ahora á la vista, y que nos proporcionó ratos muy deliciosos cuando lo leímos hace ya veinte años.

[Nota del traductor.]

los Capetos, pues despojaron al monarca de su carácter real con respecto á la nación, dejándole únicamente rey de su corte. Los diputados confirmaron con vivas aclamaciones aquel acto tan atrevido que les había entusiasmado, y Mirabeau propuso á la asamblea que declarase la inviolabilidad de todos sus miembros. He aquí cómo á las mismas concesiones otorgadas se les dió un carácter de tiranía; hé aquí cómo los diputados representaron el papel de héroes estando frente á frente con un monarca débil é irresoluto, el cual, separado de aquel gran movimiento, se vió reducido á tomar para sí el triste papel de un personaje enteramente pasivo. Necker, que había hecho ya dimisión de la cartera de ministro en esta circunstancia, quiso retirarla con objeto de dar á entender tal vez, que se proponía seguir en el ministerio para salvar al monarca: acción que le proporcionó la honra de ser llevado en triunfo por el pueblo.

Orleans buscó manera para que interviniesen muchos aristócratas en la asamblea; un crecido número de eclesiásticos habían asistido ya á sus sesiones, y finalmente, Luis ordenó que todos los nobles se adhiriesen á ella, diciendo las palabras siguientes: "No quiero que perezca un solo individuo por mi causa." Bailly al ver toda aquella reunión, exclamó: *la familia está completa*; y este personaje, que no era más que un ciudadano conocido únicamente por las bellas virtudes que le adornaban y por su elevado ingenio, se encontró colocado en un puesto, que le confería la preeminencia sobre todas las personas más notables del reino y del clero. Teniendo ya en la mano la asamblea el poder legislativo, tuvo campo suficiente para prepararse á formular una constitución,

pero á pesar de todo, los electores que habían celebrado sus reuniones con objeto de nombrar los representantes, continuaban en su empeño: lo cual probaba de que la soberanía del pueblo no estaba bien entendida, pues con semejante conducta se establecía el dogma de que la autoridad del representante era permanente sobre la del representante; y los distritos no podían menos de considerar como mandatarios de una clase inferior á los individuos enviados por la municipalidad, que se componía de dos delegados de cada uno de los sesenta distritos. Estos verificaban sin cesar sus reuniones en las casas consistoriales y en el jardín del palacio real, cuyos cafés se vieron transformados en tribunas, donde las virtudes se entremezclaban con los vicios, los individuos que se distinguían por su entusiasmo y honradez con los hombres más perdidos, y las matronas con las rameras; allí se entablaron discusiones, se tomaban resoluciones definitivas y con tanta más osadía y descaro se prorrumpan en descarnados gritos, cuanto que no existían leyes especiales para dar formas regulares á aquellas reuniones ó prohibirlas. Entonces fué cuando adquirió celebridad

Camilo Desmoulins, el personaje más popular de la revolución, tanto por la ingenuidad de su carácter, como por haber sido hijo del pueblo. Este individuo, que alimentaba afectos muy tiernos para con su familia, que era elegante y lleno de vivacidad en sus modales, pero de un carácter frívolo é inconstante, se dejaba dominar por toda especie de emociones, y cometió excesos como el resto del vulgo. Poniendo en práctica las maneras delicadas de la antigua Atenas, creía que le sería fácil reformar la sociedad entera, y realizar los votos de Enrique IV, el cual repetía á cada paso, que era uno de sus principales deseos que cada cual de los aldeanos pudiese tener proporción de echar una gallina en su puchero. Pero Desmoulins á pesar de estos buenos deseos no se abstenía de incitar al pueblo al asesinato, exasperándolo con palabras sarcásticas.

Cuando el poder legal se desploma, otros cien van á ocupar su puesto, y con especialidad los clubs y los periódicos. En los primeros sacudimientos que sufre un pueblo, se experimenta antes de llegar á una asociación uniforme, la gran necesidad de reunir en un mismo centro las voluntades, para que aquella produzca como su natural efecto la formalización de los actos, por lo cual los individuos suelen aproximarse entre sí, bien para fomentar las pasiones, ó bien para dirigirlas. El primer club que se formó con individuos de la asamblea, celebraba sus reuniones en el convento de los jacobinos, por lo que sus miembros tomaron el mismo nombre; entraron más adelante en su seno varios escritores revolucionarios, y por último fueron admitidos todos los que quisieron tomar parte en sus tareas; pues sus mismas pasiones suplían á la elección que no les había sido conferida por el pueblo.

Estos individuos, que no tenían ninguna especie de responsabilidad ni reparaban en consideraciones, declaraban la guerra á la asamblea con su oposición, desaprobaban sus decisiones y se esforzaban para que los aplausos populares apoyaran sus razonamientos, cuando no podían conseguirlo como un producto de las buenas reflexiones á que podían haber inducido. Eran jefes de los jacobinos Dupont, Barnave y los Lameth, á quienes Lafayette y Bailly no habían dejado de oponerse con otro club, intitulado de los *Fuldenses*; pero éste no tenía fuerza ni vigor, porque sus miembros eran todos pacíficos. Muy en breve los clubs tomaron incremento y se multiplicaron hasta el punto de ejercer una grande influencia por medio de sus corresponsales, esparcidos por todos los puntos del reino: así que, aquel fuego, dilatando sus llamas desde París á las provincias, daba pábulos en aquellas á las mismas pasiones que fermentaban en la capital; envolvía al gobierno en las redes tendidas por una facción, y se esforzaba en borrar toda huella de ley muda é invisible bajo el fuego ruidoso de las fortalezas. Considerando además los clubs

que entre todas las pasiones la que resiste menos á las lisonjas es el odio, á éste con especialidad dedicaban todos sus homenajes. En efecto, presentaban cada vez con colores más oscuros las palabras é intenciones del monarca, de los ministros y de los diputados, clamando en voz alta contra éstos, contra la nación y hasta contra el género humano. Esparcían sin cesar la alarma, dando á entender que se maquinaban por do quiera tramas, que se generalizaba la corrupción, que se quería intentar una reacción; regalaban con el título de acendrado patriota al que manifestaba mayores temores; celebraban como ciudadano celosísimo al que hacía alarde de una inclinación tenazmente delatora; daban el título de persona muy hábil al que sabía desprenderse de toda especie de escrúpulos. En aquella circunstancia en que todo se reducía á desaprobar, á culpar, á infundir perplejidad, á aumentar la desconfianza, á estimular la ansiedad de cada cual acerca de los negocios públicos; no se requerían, para hacer papel, conocimientos ni descreción ni una conducta recatada. Los demagogos se conocían á sí mismos como omnipotentes, porque el vulgo y el espíritu de sedición los apadrinaban.

Para que las sesiones de los clubs no perjudicasen al pueblo en sus ocupaciones diarias, se celebraban durante la noche y sin luz, á no ser que á alguno se le antojara llevar, ya fuese un cabo de vela ó una tea, cuyos débiles rayos opacamente reflejaban por los grandes arcos de alguno que otro templo en donde solían reunirse. La tribuna estaba colocada en el sitio del altar; los ciudadanos de todas las varias clases tomaban asiento en los mismos bancos en que los fieles en tiempos pasados habían tomado puesto para recitar sus plegarias ante el Todopoderoso. Había allí también un crecido número de mujeres siempre prontas á hacer resonar las bóvedas de aquellos templos con sus chillidos ó prolongados lamentos, las cuales llevaban de vez en cuando en sus brazos niños, como si alimentaran el deseo de que respirasen aquella atmósfera sediciosa. Allí se regalaba á los oradores, ya con aplausos estrepitosos, ya con silbidos; y los más dichosos eran aquellos que tenían el arte de pronunciar con gritos descompasados palabras retumbantes y muy á propósito para embriagar á la multitud, ó de proponer los partidos más arriesgados, ó de inocular en los concurrentes la exaltación febril que ellos experimentaban en sí mismos, ó de dar á entender á los demás que su entusiasmo era el producto de las propias convicciones (1).

[1] El pueblo, que sirve siempre de juguete á las pasiones de los ambiciosos, creía que el patriarca de los jacobinos y demócratas había sido Voltaire, por lo cual se entusiasmaba siempre que se repetía su nombre. La asamblea nacional, para condescender tal vez con el deseo popular, ó más bien para honrar la memoria de un hombre

Sin embargo, es de notar que los clubs ejercían su influencia tan solo en el reducido número de los que intervenían en ellos; y por lo tanto era menester que la palabra destinada á exaltar los ánimos se difundiera por todas partes, se introdujera en los hogares domésticos del ciudadano y le buscara en su retirada ó lejana vivienda. Fueron á la sa-

que había en el trascurso de medio siglo difundido doctrinas contrarias al gobierno establecido y á la religión, decretó en 1791 que los despojos de Voltaire fuesen trasladados al *hotel de Villette, quai des théatins*, en donde falleció aquel filósofo; y el 12 de Julio del mismo año fueron llevados al panteón.

Nosotros referiremos este hecho de las dos maneras, como nos lo han transmitido algunos autores contemporáneos á la revolución, porque no están acordes entre sí. Los que idolatraban todavía la memoria de Voltaire y sus obras, dicen acerca del hecho en cuestion lo que sigue: "No se habían visto jamás honras con tanta pompa y majestuosidad; la marcha triunfal comenzó á las tres de la tarde y duró hasta las diez de la noche. Todos los miembros de la asamblea nacional asistieron á esta ceremonia expiatoria. El rey estuvo largo tiempo observando por la reja de una ventana del palacio de las Tullerías la marcha solemne del mas numeroso é imponente cortejo. Los literatos celebraron á porfia aquella memorable funcion, y entre tantos homenajes que se rindieron á la memoria de Voltaire, merecen ser recordados estos versos del poeta Le Brun:

Oh! Parnasse, frémis de douleur et d'effroi!
¡Pleurez, muses, brisez vos lyres immortelles!
Toi dont il fatiga les cent voix et les ailes,
¡Dis que Voltaire est mort, pleure et repose-toi!

He aquí la traduccion literal de cada verso:

- 1º Estremécete, oh Parnaso, de dolor y de espanto!
- 2º ¡Llorad, oh musas, romped vuestras liras inmortales!
- 3º Tú, [el Parnaso], cuyas cien voces y alas puso (en juego) (a)
- 4º Dí que Voltaire se ha muerto: ¡llora y des[causa]!

Los del bando contrario, y con especialidad el *Diccionario crítico y razonado de las etiquetas de la corte y de las costumbres y usos del mundo*, en la palabra ESCANDALO, dice lo siguiente, refiriéndose á madama de Genlis: "*El primer escándalo público y uno de los mas ridiculos que hemos presenciado, fué la pompa fúnebre de Voltaire. Sobre un carro triunfal macizo, pero mezquino, se veía una figura asquerosa hecha de cera, la cual representaba el cadáver de Voltaire tendido y desnudo; se elevaban á sus piés, en forma de pirámide, todos los volúmenes de una*

(a) Es de notar que en el tercer verso hay algo de oscuridad, porque el autor, pretendiendo aludir á las cien voces y á las cien alas de la fama, se esplica de una manera vaga.

[Nota del traductor.]

zon destinados los periódicos á satisfacer esta necesidad, pues en aquella época la prensa había dejado de publicar obras de otro género, en razon de que ninguno tenia bastante tiempo ó voluntad para dedicarse á su lectura; y por lo demas no se continuaban ya dando á luz escritos científicos ó literarios, en razon á que nadie quería prestar oi-

edicion de sus obras, casi completas, pero cada volumen era mucho mas grueso que los que se han ofrecido al público y á la juventud. El carro estaba rodeado de bailarinas y coristas de la ópera, las cuales figuraban las musas, cuyo número se había quintuplicado para honrar aun mas la memoria del difunto; las musas estaban envueltas en una sutilísima gasa blanca, llevaban coronas de rosas marchitas é iban embarradas hasta las rodillas; no podían seguir una marcha regular, porque las calles, que estaban mojadas y resbaladizas por el fango de que se hallaban llenas á consecuencia de una gran lluvia, las obligaba á bambolearse sin cesar. Estas diosas de la poesia, salmodiaban en voz ronca himnos lúgubres para glorificar al difunto, pero no era posible comprender ni una sola palabra de lo que decían, porque sus acentos se perdían en medio de las aclamaciones estrepitosas del pueblo y de la canalla vocinglera de Paris, que redoblaba cada vez mas sus gritos, diciendo: ¡Viva Voltaire! Este pobre pueblo, siempre engañado, miraba á Voltaire como el patriarca de los jacobinos y de los demócratas, porque no sabia que este hombre que había predicado una revolución, pretendía que no se hiciera por el pueblo, á quien despreciaba llamándolo el *pueblo necio*, y decía: "*que no tenga nunca la menor parte en el gobierno, porque no quiero el gobierno de la canalla.*" Pero el pueblo, que sabia tan solo que Voltaire había sido muy impío y sedicioso, se abandonaba al mas ardiente entusiasmo para honrar su memoria. En medio de la marcha triunfal, la cabeza de la efigie de aquel gran filósofo se separó del tronco, cayó al suelo y empezó á rodar.... Entonces las musas se detuvieron asustadas, pero luego fué recogida y pegada lo mejor que se pudo sobre las espaldas del esqueleto. A poco rato sobrevino una gran lluvia, que trastornó la solemnidad. Las musas en aquella circunstancia, en vez de volarse para el Parnaso, se olvidaron de su dignidad; unas se echaron á correr para proporcionarse paraguas, otras entraron en varias tiendas, y todas se dispersaron. Así finó esta famosa pompa, de cuyas resultas todas las musas se quedaron constipadas y cubiertas de barro, y los parisienses muy poco satisfechos de un espectáculo que se había anunciado con tanto énfasis, como una de las armonías mas dramáticas, mas bellas y modeladas al estilo griego, tal como nunca se había visto."

Entre las dos relaciones, esta última es por cierto muy cómica, al paso que la primera tiene todos los caracteres de la solemnidad. Nosotros creemos, sin embargo, que así la primera como la segunda son muy exageradas; pero la buena critica de nuestros lectores sabrá descifrar mejor que nosotros la verdad del hecho.

dos á un lenguaje que no fuese el de la pasión que se trasforma de mil maneras todos los días y todas las horas. Mirabeau había sido el primero en plantear el *Correo de Provenza*, pero muy en breve se publicó un crecido número de otros periódicos, entre los cuales se leían con mas avidez los que guardaban menos respeto y moderacion. Del diario titulado *Las revoluciones de Paris*, se tiraban doscientos mil ejemplares con este epigrafe: "Los grandes nos parecen tales tan solo porque estamos hincados de rodillas; levantémonos."

Habian dado, en fin, su estallido aquellos escesos contra los cuales no hay remedio ninguno cuando se ha dado un grande impulso á la máquina social, aquellas pasiones iracundas que trasforman en acusaciones contra el gobierno las mismas desventuras naturales, aquel desasosiego que todo lo esperaba de causas desconocidas. Las guardias francesas se hermanaron tambien con el pueblo y fueron la primera legión revolucionaria; y por último, se formó la guardia nacional, fuerza siempre revolucionaria por su misma naturaleza, porque en su calidad de pueblo participa de aquellas pasiones que debería refrenar como cuerpo armado.

No obstante lo espuesto, la autoridad, que tenia aún en su mano bastante vigor con el ejército, con las fortalezas y con los arsenales, se hallaba en el caso de poder sujetar á la multitud insurreccionada; por lo cual aquellos que habrían debido inducir con sus consejos á Luis á que mantuviera su palabra, abrazando francamente la causa de la libertad, lo incitaron á que tomara el partido opuesto, esforzándose en recobrar por medio de las bayonetas una soberanía de la que voluntariamente había hecho dimision. A consecuencia de esto la corte juntó tropas tal vez para aterrar á los insurgentes, ó mas bien para defenderse; pero el conde de Mirabeau la denunció ante la asamblea, y logró que sus miembros votaran una esposicion contra los armamentos mencionados, la cual podía calificarse real y verdaderamente de una intimacion ó llamamiento á las armas. La esposicion estaba concebida en estos términos:

"El peligro, señor, es inminente, tiene un carácter de universalidad y escude á todos los calculos de la humana prudencia.

"Grave es el peligro con respecto á las provincias, y en efecto, ¿qué freno podrá contenerlas cuando está amenazada nuestra libertad en la capital? La sola distancia es motivo suficiente para aumentarlo todo, para dar á todos los caracteres la exajeracion, para redoblar el desasosiego, para exacerbarlo, para emponzoñarlo todo.

"Grave es el peligro para la capital; y á decir verdad, el pueblo, acosado de la carestía y afligido, ¿podrá mirar con ojos enjutos un tropel de soldados que con semblante amenazador pretenden disputar en los residuos de su subsistencia? El vertiente número de soldados producirá indudablemente

una gran fermentacion por do quiera, y el primer acto de violencia que se perpetrare bajo pretesto de una medida política, podrá dar origen á grandes calamidades.

"Grave es el peligro para los mismos soldados franceses, los cuales hallándose muy cerca del foco de las discusiones y participando por lo tanto así de las pasiones como de los intereses populares, pueden echar en olvido que los obligó á ser soldados una ley, y acordarse de que son hombres, porque tales los hizo la naturaleza.

"El peligro, señor, es un gran estorbo para la continuacion de nuestras tareas, que constituyen nuestro principal deber, y que no podrán conseguir un absoluto triunfo ni tener un firme y verdadero apoyo, mientras que los pueblos no estén convencidos de que aquellas han sido libres y despojadas de toda especie de trabas. Es de considerar, ademas, que en los movimientos originados por la fuerza de las pasiones hay siempre algo de contagioso; y nosotros que somos hombres no tenemos bastante confianza en nosotros mismos; así que, el temor de aparentar debilidad podría hacernos traspasar los límites que nos hemos propuesto. Si nos hallásemos en el duro trance de prestar oído á consejos violentos é indiscretos la razon sosegada y la ilustracion pacífica no podrían tener la satisfaccion de que fuese escuchada su voz en medio del tumultuoso bullicio de los trastornos y de las escenas tristes, propias de las facciones.

"El peligro, señor, es mas terrible aún.... y V. M. puede penetrarse de su inmensidad, por el mismo temor que nos amedrenta y que nos obliga á ponernos en vuestra real presencia. Revoluciones terribles han sido el efecto de actos de mucha menos importancia que estos, y el anuncio de algunas empresas fatales para las naciones y los monarcas, ha sido dado de un modo menos siniestro y fuerte."

María Antonieta, que había abandonado sus frivolidades, pero sin haber comprendido el verdadero significado de las palabras *pueblo y libertad*, quiso depositar obstinadamente su confianza en el cuerpo aristocrático, y meditaba tal vez descargar por este medio un golpe mortal contra la revolucion.

Entonces se insinuó á Necker que dejara la cartera de ministro, porque se le reputaba un censor importuno.

Llegadas las cosas á este extremo, los acontecimientos se acumularon unos tras otros hasta el punto de que muchos traslucieron, que estendian sus raíces entre las dos casas de Borbon y de Orleans, cuya lucha, que duraba desde largo tiempo, podía merecer el nombre de lucha secular. Aunque no se han encontrado indicios legales de que el duque de Orleans aspirase á ocupar la lugartenencia del reino, y se ha llegado tambien á negar semejante hecho, no deja de tener visos de probabilidad, los cuales adquieren mas consistencia, si se atiende á que el du-

que tenía el apoyo de Mirabeau, que condescendía con sus deseos porque esperaba ser su primer ministro. Pero Orleans, á pesar de su popularidad no gozaba la pública estimación, y si sus comensales y sus aduladores ponían en juego todos los medios para ensalzarle, los otros se estremecían con la idea de verlo puesto á la cabeza de los negocios del Estado, asociado con otro personaje que se distinguía no menos que él por la corrupción de sus costumbres. Por lo demás, no se debe tampoco perder de vista que el duque no tenía aquel carácter enérgico, que es un requisito necesario tanto para la perpetración de los grandes crímenes, como para dar ensanche y cumplimiento á las grandes ambiciones. Fuese suyo este proyecto ó no, circuló la noticia de que se realizaría muy en breve; por lo cual se suspendieron los espectáculos teatrales; la revolución tomó un aspecto nuevo; Desmoulin desgajó una hoja de los árboles del Palacio Real para que le sirviese de divisa, y todos los demás siguieron su ejemplo; pero Lafayette capitaneando la guardia nacional, unió á los colores rojo y azul celeste, que eran la divisa de la ciudad, el blanco, que pertenecía al pendón real, y dijo: "esta escarapela dará la vuelta al rededor del mundo." Entre tanto los electores se apoderaron de la autoridad, que les proporcionó aquel extraordinario suceso y constituyeron un cuerpo municipal, dando su presidencia á Bailly, el cual aceptó un puesto que como manifestó en sus palabras, era menester no ambicionar ni despreciar. Entonces fueron llevados en triunfo los bustos de Necker y del duque de Orleans; se arrojaron piedras contra los soldados, se dispararon tiros, se fomentaron incendios, se prorrumpió en amenazas y se pensó en fabricar armas. Habiéndose dado principio despues al saqueo, se encontraron varias especies de armaduras en el museo, de las cuales se apoderaron las turbas insurreccionadas, y vistiéndose con ellas se lanzaron todos unánimemente sobre el fuerte de la Bastilla, [14 de Junio de 1789]. Muertos los jefes de las tropas suizas y de los inválidos que la defendían, se hallaron los primeros como los segundos, en la precisión de capitular; pero á pesar de esto aquellos soldados pudieron salvarse á duras penas. Estaban todos creídos de encontrar entre sus murallas á centenares de personas encarceladas por causas políticas; pero solo se hallaron siete, aprisionados por motivos que no se rozaban en lo más mínimo con la política. Este acontecimiento se celebró con un triunfo inusitado y sirvió para confirmar la superioridad de la casa de Orleans sobre el palacio de la municipalidad, y la que habían adquirido los exaltados sobre los que se distinguían por su moderación (1).

(1) Algun tiempo despues en el paraje en donde había existido la Bastilla, se leían estas palabras: aquí se baila. Los granaderos hicieron

¡Esta es, pues, una asonada! dijo Luis en tono de exclamación; pero Liancourt le respondió: "Señor, dadla mas bien el nombre de revolución." Y á decir verdad, así el monarca como la asamblea se hallaban entonces á merced de una sublevación, cuyos jefes no se conocían; los príncipes de la sangre que eran un objeto de aborrecimiento, se escaparon; pero Luis, exento siempre de temores, cuando se trataba de peligros enteramente personales, tuvo bastante valor para presentarse en la asamblea sin guardias ni comitiva; y aunque Mirabeau consiguió retener los aplausos, que iban á estallar en aquella circunstancia, con estas palabras significativas: "El silencio de los pueblos es la lección de los monarcas;" aquel acto produjo una reconciliación entre Luis y la asamblea. Condescendiendo poco despues con los votos del pueblo, [17 de Julio de 1789] el rey, dejando su régia morada de Versalles, volvió á Paris; pero antes de llevar á efecto su resolución, se confesó, recibió la Santa Eucaristía, y consignó por escrito una protesta para salvar su conciencia, en caso de que se viese obligado á hacer cosas á las que no hubiera accedido voluntariamente. Bailly en el acto de entregarle las llaves de la ciudad, le recordó que eran las mismas que el pueblo francés había ofrecido á Enrique IV, acompañándolas con estas palabras: "Pero Enrique IV había reconquistado á su pueblo, al paso que ahora el pueblo reconquista á su monarca." Luis, en medio de una gran comitiva de aldeanos, cruzó las filas de un ercido número de guardias nacionales, oyendo retumbar en sus oídos descompasados gritos de ¡Viva la nación! Llegado al palacio de la municipalidad, su recibimiento fué celebrado con ritos masónicos bajo la bóveda de acero, y últimamente Luis se puso la escarapela revolucionaria; los diputados juraron solemnemente defenderlo, y regresó á su palacio victoreado por mil voces de ¡viva el rey!

Entonces la nación se halló señora y dueña del poder legislativo y de toda la fuerza pública; y la asamblea nacional que se había convertido por su propia declaración en asamblea constituyente, representaba á la nación legisladora de sí misma; por lo cual no se encontraba en la situación de los gobiernos que le habían precedido, pues no tenía ninguna especie de consideraciones que guardar; y segura por otra parte de su poder

ron con algunos pedacitos del mármol de aquel gran edificio un dominó, que presentaron como regalo al delphin, con este letrero en verso: "piedras son estas de aquellas murallas en donde estaban sepultadas victimas inocentes de un poder arbitrario, transformadas ahora en instrumento de juego para presentáros las como un verdadero homenaje del amor del pueblo, y para daros á conocer cuán grande es su poder." Los cerrojos sirvieron de material para hacer una espada á Lafayette, y la mas grande de las llaves fué mandada á Washington.

enteramente despótico, lo sujetaba todo á discusión y no escaseaba de recursos que en otra época se hubieran creído imposibles. El conde de Mirabeau, poniendo en juego toda especie de intrigas, llegó á lograr el puesto de presidente de los Jacobinos, y mas adelante de la asamblea nacional, en cuyo cargo lució en gran manera por haber dado el timbre de la dignidad á sus deliberaciones, por la mucha claridad con que redactaba los resúmenes de todas las discusiones; por sus réplicas siempre oportunas y acertadas, y por haber puesto en la buena senda de la práctica de los negocios y de la sana política á hombres que se habían dejado seducir por las teorías fascinadoras de Rousseau. Había profundizado el espíritu de la constitución de Inglaterra, "país que puede merecer el nombre de clásico, por los partidarios de la libertad, y en donde se encuentran á manos llenas los grandes ejemplos." Mirabeau sacaba de esta fuente inagotable cada vez mas fuerza para la justa aplicación de las teorías; y persuadido de que todo cuanto en lo pasado se había hecho era una mera ficción, manejando los negocios con la impetuosa de su carácter, no tenía consideraciones de ninguna especie, ni acudía á fórmulas que pudiesen calificarse de tímidas ó recelosas.

Necker fué llamado nuevamente á ocupar la silla ministerial, y con gran triunfo se declaró por unanimidad "que éste era un ministro importante y de quien no podía prescindirse." El día que volvió á tomar su cartera, se celebró como una gran festividad. Necker estaba creído de que podía poner coto á aquel desorden tremendo, y alimentando esta esperanza, fué su primer pensamiento publicar una amnistía; pero Mirabeau que lo miraba de reojo, porque conocía que no le era dable tenerlo por su satélite, refrenó los impulsos generosos de la municipalidad favorables á Necker, sofisticando con sutileza de ingenio acerca de la legal existencia de aquel cuerpo. ¿Cómo podían entonces llegarse á conciliar las pretensiones del cuerpo aristocrático con la desconfianza del pueblo entero? y finalmente, las palabras no hacían mas que evidenciar la ineptitud de la corte; por lo que, creyendo ésta ver en aquel ministro tan solo á un hombre jactancioso, lejos de prestar oído á sus consejos, se dejó guiar por el influjo de personajes que merecían por todos estilos la nota de muy malos consejeros, y que eran peores que Necker.

La asamblea, á pesar de que estaba creída haber arrancado hasta en su raíz los males presentes y los antiguos, con anular los privilegios y abusos feudales, que oprimían al pueblo, y con igualar la condición de nobles y plebeyos, no pudo menos de descubrir en el curso de sus discusiones la existencia de algunos gravámenes señoriales y de ciertas estorsiones, que casi no se puede creer que subsistiesen en el siglo XVIII; como la obli-

gación que pesaba sobre los aldeanos de tirar de los carros, la de pasar las noches enteras para espantar á las ranas, con el objeto de que no despertasen con sus graznidos al señor, el derecho de primicias impúdicas, vulgarmente llamado de *pernada* (1), y el de sajar el vientre á dos de sus vasallos para reanimar al señor, restaurando sus piés cuando se cansaba en alguna cacería. El progreso de la civilización había sepultado en el olvido derechos semejantes, pero no estaban legalmente anulados.

Una de las noches mas memorables consignadas en la historia, es por cierto la del 4 de Agosto de 1789: los nobles habían convenido entre sí, que el duque de Aiguillon, el mas opulento del reino, pidiese la completa anulación de los derechos feudales, ó mas bien señoriales; pero el vizconde de Noailles propuso antes que se llevase á efecto aquella resolución, que se pusiesen en juego todos los medios, á fin de que la salud pública tuviese por su pedestal la justicia. Fué entonces cuando se decretaron la igual repartición de las contribuciones, la extinción de los privilegios perjudiciales al pueblo, el rescate de los derechos feudales, la anulación sin rescate ninguno de los derechos señoriales, de toda clase de servidumbres personales, y de las manos muertas. Fué entonces cuando, así los nobles como el clero, llenos de entusiasmo y generosidad, porfieron entre sí para deshacerse lo mas pronto posible de sus privilegios, manifestándose contentos de poseerlos, porque les daban margen para poder hacer alarde de su desprendimiento. Unos se mostraban anhelosos de ver refrenado el abuso, que había prevalecido en las pensiones de corte; otros pretendían que se aboliese el privilegio que poseían los nobles de la mas elevada gerarquía, de tener para sí los empleos mas distinguidos de la casa real; éstos querían que los diezmos se redujesen á pago en metálico; aquellos abogaban en favor de la libertad de los negros en las colonias; los otros solicitaban, que se suprimiesen á toda costa las jurisdicciones feudales; quiénes pedían la abolición de los empleos venales; quiénes querían destruir los privilegios anexos á la magistratura, quiénes pedían de manifiesto la injusticia de la caza y de los palomares reservados; quiénes calificaban de abusivos los derechos eclesiásticos, que se distinguían con el nombre de estola blanca y negra; quiénes instaban para que se anulasen todas las distinciones existentes en-

[2] Todos los historiadores de la edad media hablan de este derecho, pero algunos escritores modernos, á pesar de la escasez de documentos legales acerca del particular, conjeturan con algun fundamento, que el derecho de *pernada* no era mas que una contribución pecuniaria á que era obligado el vasallo, despues de haber celebrado sus bodas y antes de acostarse en el lecho nupcial.

tre los varios países, los privilegios particulares pertenecientes á ciudades ó provincias, las pensiones que no se apoyaban en ningún título, y el crecido número de empleos. Obsérvase en el semblante de todos aquella palidez que es el efecto de las grandes emociones agitadoras, y se reputaba dichoso aquel á quien le ocurriese la idea de algún nuevo sacrificio que hacer en ventaja de la igualdad universal; y finalmente, entonces no se respetaron ni aun los privilegios que tenían las municipalidades y las maestrías. Siéyes abogó en favor del diezmo clerical, manifestándose adverso á los que pretendían "ser libres, mientras que ignoraban el modo de ser justos;" pero Mirabeau apoyó su anulación, y propuso dar sueldo al clero, diciendo que no conocía mas recursos para los hombres que viven en sociedad, que tres; á saber: el latrocinio, la mendicidad, ó el tener un sueldo (1). Mirabeau salió victorioso en

(1) Lo que distinguía sobremanera al conde de Mirabeau, eran sus oportuñidades, y aquellas palabras, alegorías, ejemplos, comparaciones, que dejaban suspensos á sus oyentes, y á los que con mezquina lógica querían oponerse á sus dictámenes. En un libro intitulado *Morceaux*, de Mirabeau, que es una coleccion de fragmentos escogidos de todas sus obras; en la vida de este personaje, escrita por Víctor Hugo, y tambien en la que nos ha dejado Mounier, se leen muchas de sus oportuñidades ya chistosas, ya satíricas, pero siempre grandes y propias del hombre de genio.

Un dia se suscitó en la asamblea nacional una acalorada discusion acerca de la necesidad de aumentar la deuda pública. Mirabeau, considerando el estado lastimoso de la hacienda, se opuso con toda la fuerza de su elocuencia á la opinion de la mayoría; pero viendo que eran muy pocos los que se adherían á su dictamen, dijo: "Señores, tambien yo conozco que una nueva deuda puede sostener al Estado, pero lo sostendrá como la sogá al ahorcado." Bastaron estas pocas palabras tan significativas, para que todos votaran en su favor.

En otra ocasion Mirabeau subió á la tribuna, y encendido en ira contra sus opositores, comenzó á perorar, cuando uno de los diputados, que tenia al lado dijo en alta voz: "Mirad cuán feo es este orador." Entonces Mirabeau, tranquilizándose, dirigió su palabra al presidente, y le dijo: "Señor presidente, haga V. callar á ese hombre que me ha dicho feo, porque tamaña ofensa puede redundar en perjuicio de la asamblea, si el público averigua que uno de sus oradores es feo." Esta ocurrencia hizo prorrumpir en estrepitosas risas, y le granjeó la atencion de todo el auditorio.

Una vez Sofia de Monnier, que le habia dado una niña, y que le amaba hasta con delirio, le escribió: "Nuestra hija se va haciendo cada dia mas bonita, y se parece en un todo á su padre." Mirabeau le contestó: "Lo que me has escrito me ha colmado de alegría; pero quiero saber si nues-

aquella gran discusion, y podemos decir que fué entonces cuando se logró lo que se deseaba con la revolucion. En aquel dia se decretó un himno para glorificar al Todopoderoso, y el título de restaurador de la libertad para el monarca.

Pero despues de haber dado un completo desahogo los franceses á sus magnánimos impulsos en aquella sesion, cuya memoria se conservará eternamente, se descubrieron en los dias posteriores los graves peligros á que espondria aquel acto de generosidad, lo cual abria la puerta á toda especie de exigencias escesivas, no pudiéndose descifrar bien lo que convenia que fuese abolido sin compensacion, y lo que requería una indemnizacion previa. Anulados los derechos de caza se lanzaron todos con tanto ímpetu sobre los campos, que echaron á perder todas las mieses: y á consecuencia de la abolicion de los diezmos se aumentaron con setenta

tra niña tiene tambien la cara tapizada de virtudes como la de su papá."

El conde de Mirabeau manifestó prontitud de ingenio desde sus primeros años; y todos los escritores que hablan de este ilustre varon, nos han transmitido lo que dijo al principe de Conti, que pertenecía á la familia real, cuando rayaba en los diez y seis años. Habiéndolo visto aquel principe por la primera vez, descubrió en su semblante, y con especialidad en sus miradas, el timbre de un gran genio, y para ponerlo á prueba, le dijo estas palabras: "¿Qué harías tú si yo te diese un bofetón?" Mirabeau contestó: "Esta pregunta tiene una solucion muy fácil, hoy que se han inventado las pistolas de dos tiros." Esta viveza de ingenio y la fuerza de sus facultades intelectuales, no lo abandonaron jamas hasta los momentos postreros de su vida; y el médico Cabanis, que le asistió en aquella circunstancia, nota con particularidad, que las primeras partes de su cuerpo, que perdieron la vitalidad, fueron los pies, en seguida los demas miembros, y que tan solo veinte segundos antes de espirar perdió la lucidez de su mente; así que, podemos decir que la muerte amedrentada de la grandeza de tamaño genio, teniendo aun en su mano la fatal guadaña, titubeaba en descargar el último golpe.

El retrato que hace Víctor Hugo, de Mirabeau, considerándolo como orador, es uno de los mejores trozos que han salido de la pluma de este escritor, por lo que vamos á insertarlo: "Probitas, el orador debe ser de fama pura, y la reputacion de Mirabeau estaba manchada por mil culpas; *prostantia*, el orador debe ser bello, y Mirabeau era escesivamente feo; *vox amena*, el orador debe tener una voz agradable, y Mirabeau la tenia dura, seca, chillona; *subrisus audientium*, el orador debe ser bienquisto de sus oyentes, y Mirabeau era odiado de toda la asamblea. ¿Pero á qué conduce esto?... Significa que los Mirabeaux no fueron previstos por los Cicerones." Y nosotros añadiremos, que si Mirabeau no fué el orador de Atenas y Roma, si no fué el orador de Tulio y Quintiliano, fué el de la revolucion, fué el de Francia. [Nota del traductor.]

millones de francos las riquezas de los propietarios sin que redundara ventaja ninguna al Estado.

Así es, que la propiedad quedó lastimada con concesiones voluntarias tan amplias, por la sencilla razon de que al pueblo puesto en gran fermentacion no se le sujeta como se quiere. Las primeras devastaciones produjeron otras á título de venganza, y se pegaba fuego incesantemente á los castillos, mientras que por otra parte se apresaban los convoyes de grano, que se remitían á la capital, por cuyo motivo el hambre tomaba cada dia mas incremento. Desmoulins se figuró, que era tambien un privilegio para la guardia nacional el de tener armas y llevar uniforme; por lo que decia: "todo el mundo tiene el derecho de poseer un fusil y una bayoneta." Llegadas las cosas á este estremo, se quiso refrenar los asesinatos, publicando la ley marcial, y dando oídos al mismo tiempo á los delatores, cuyas acusaciones se pueden definir "la adulacion halagadora del hombre que tiembla." Multiplicaronse los procesos de *lesa nacion*, que despues de haber concluido en la capital, se difundieron en las provincias y con especialidad en las del Mediodía de Francia. Con este motivo los demagogos hicieron todo lo posible para enconar las pasiones de la clase mas inferior del pueblo, al paso que otros estimulaban á la asamblea para que se escudiera en sus medidas. Fué en esta ocasion, cuando la asamblea dió á luz su declaracion de derechos (1).

Una revolucion que tenia todos los caracteres de la violencia, queria sin embargo,

[1] Los representantes del pueblo francés reunidos en asamblea nacional, conociendo, que la ignorancia de los derechos que á cada hombre competen, que el olvido y negligencia en que se tienen, son las solas causas á que se deben atribuir las calamidades que afligen al público, y la corrupcion que invade á los gobiernos, han resuelto poner de manifiesto con solemne declaracion cuáles son los derechos naturales y sagrados que competen al hombre, y que por su propia naturaleza son inajenables, con objeto de que la declaracion mencionada se grave en la memoria de todos los individuos que componen el cuerpo social, y les recuerde sin cesar así sus derechos como sus deberes; y esto á fin de que sean mejor respetados los actos que emanen de los dos poderes legislativo y ejecutivo. Se ha pensado tambien en esta declaracion para que los derechos y deberes mencionados puedan ser comparados en cualquiera circunstancia, y á cada instante con los objetos que lleva por mira toda institucion política, y para que todas las reclamaciones, que hagan los ciudadanos desde ahora en adelante, estando fundadas en principios muy sencillos é indispensables, contribuyan á mantener en todo su vigor y sin término definido, la constitucion y el bien de todos. En consecuencia de lo dicho, la asamblea nacional reconoce y declara por el acta presente y bajo

representar muy á menudo el papel de imitadora, y pretendia tambien parodiar la revolucion de los anglo-americanos. Pero para llevar á cabo tamaña empresa era menester echar mano de aquellas verdades prác-

los auspicios del Hacedor Supremo, los derechos siguientes, que competen al hombre y al ciudadano:

Art. 1.º Los hombres que nacen libres é iguales permanecen tales en derechos; por lo que las distinciones sociales, que median, no pueden tener mas base que la utilidad de todos.

2.º El objeto de cualquiera sociedad política no puede ser mas que la conservacion de los derechos naturales é imprescriptibles, que pertenecen al hombre, esto es, su libertad, su seguridad, la propiedad de lo suyo y la resistencia á toda especie de opresion.

3.º El principio de la soberanía, cualquiera que sea, reside esencialmente en todo el cuerpo de la nacion, y ningun individuo ni corporacion puede ejercer ninguna especie de autoridad sino la que emana espresa y directamente de aquella.

4.º La libertad consiste en la facultad de hacer cada cual lo que mas le convenga siempre que no perjudique á los demas; así es, que el ejercicio de los derechos naturales, que á cada cual competen, no pueden tener mas limites sino los que aseguran á todos los otros individuos que componen la sociedad, el goce de derechos iguales: las leyes únicamente pueden fijar estos limites.

5.º La ley no puede estender sus prohibiciones mas allá de lo que requieren las acciones perjudiciales al entero cuerpo social: nadie tiene derecho para impedir que haga lo que no está vedado por la ley, ni puede ser obligado á ejecutar cosas que la ley no ordena.

6.º La ley no es mas que la expresion de la voluntad de todos; cualquier ciudadano tiene derecho á contribuir á la formacion de las leyes, sea personalmente ó por la mediacion de sus representantes; y la ley debe ser la misma para todos los individuos, ya que proteja ó que imponga sus castigos. Todos los ciudadanos por su misma igualdad ante la ley, pueden ser admitidos á toda especie de cargos públicos, dignidades y empleos, en razon de su capacidad y sin distincion ninguna, á no ser las de la virtud y del mérito.

7.º No es permitido acusar, prender ó encarcelar á ningun individuo sino en los casos y en la forma que las leyes establecieron; y por lo tanto deben sujetarse á castigo los que contraviniendo á la ley soliciten, espidan, ejecuten por sí mismos ó hagan de modo que se ejecuten por otros órdenes arbitrarias; pero cualquier ciudadano llamado ó arrestado por mandato de la ley debe obedecer sin dilacion ninguna, y si resiste al mandato de la ley se le declara culpado.

8.º La ley debe atenerse tan solo á las penas que sean estricta y claramente imprescindibles, y nadie puede ser sujetado al castigo sino en fuerza de una ley sancionada y publicada anteriormente al delito, y aplicada segun los reglamentos legales.